observar que todavía ayer, que aún hoy, en muchísimas naciones del mundo no habría lugar para una alma excelsa como la de Dante. No podría tolerársele viva porque todavía sus anatemas marcarían con fuego muchísimas espaldas. Los hombres más grandes parecen condenados a no poder conquistar amor durante su vida. No se les ama; se les admira o se les odia: en cambio, poseen el don de despertar el amor vivísimo, el apasionamiento de sus sucesores.—¿Será porque dejan de ser temibles al convertirse en teoría, en literatura o en arte? Pensarán de este modo los que no aprecian más que el atractivo formal, la belleza externa de sus obras; pero los que sentimos la energía viviente, la potencia inmortal que mana de sus obras, no podemos sentir sino reverencia y amor, todo el amor que sus contemporáneos les negaron, todo el amor que nada por el mundo desbordándose, sin hallar cauce o noble empleo.

Estamos celebrando la memoria de un genio magnífico que si pudiera hablarnos seguramente nos diría: antes de levantarme estatuas atended a co-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.